

RESEÑAS DE LIBROS

DONALD KEENE, *La literatura japonesa entre Oriente y Occidente*. El Colegio de México, México, 1969. 154 pp.

Publicar en castellano un libro de ensayos sobre la literatura japonesa puede parecer anacrónico o demasiado aventurado, ya que podría argüirse que lo que necesita el mundo de habla española son traducciones y no comentarios sobre libros que no pueden leerse sino en japonés o, mejor aún, en inglés o francés.

Pero este tipo de razonamiento es derrotista, pues comentarios bien hechos sobre los extraordinarios valores de una literatura que no se conoce, son una de las formas en que puede presionarse a un lector potencial para que éste a su vez exija más y más traducciones.

En este sentido no existe la queja posible, porque este libro se une a los ya numerosos publicados en nuestra lengua por el profesor Kazuya Sakai, sin contar con las traducciones, y su autor, Donald Keene, es una de las autoridades occidentales en esa literatura que poco a poco está dejando de ser "exótica" para agregarse al acervo de la tan deseada cultura universal.

El método usado en la mayoría de los ensayos parece apuntar hacia lo que acabamos de discutir, porque el autor utiliza numerosas veces la comparación con obras literarias occidentales, lo que lleva al lector hacia terreno conocido y le da elementos para imaginarse de qué tipo de fenómenos se le está hablando.

Donald Keene dice en la introducción, luego de citar y coincidir con Octavio Paz, que "sin duda, este tipo de crítica señala hacia un futuro en el que la literatura del mundo sea un patrimonio natural de la humanidad".

El primero de los ensayos, "El triángulo de Hipólito en Oriente y Occidente", es, por ejemplo, un largo recorrido geográfico-literario que partiendo desde Grecia con el Hipólito de Eurípides, nos lleva hasta Japón pasando por el Medio Oriente, India y China. La historia de una temática que ahora descubrimos que es universal, pero que ha ido variando al adaptarse a las condiciones específicas culturales de cada lugar en donde floreció.

En la poesía moderna japonesa descubrimos la gran influencia de la poesía francesa (simbolismo, surrealismo), aun cuando lo japonés no se pierda y continúe siendo el núcleo estético principal; sabremos que Dazai Osamu fue comparado en Inglaterra con Dostoievsky, y en la India con Kafka, y que los comienzos literarios de Tanizaki Junichiro fueron marcados por la presencia de Baudelaire y Poe.

Podríamos agregar por nuestra cuenta que esa especie de obsesión temática que Donald Keene nota en Tanizaki por el excremento de la mujer tiene extraños contactos con los "Ciento veinte días de Sodoma", del Marqués de Sade.

Cuando en una determinada época o género la afinidad literaria con Occidente no existe, se pueden marcar las diferencias: la literatura femenina del siglo x sirve para demostrar, según las palabras del autor, "cuán masculina es la mayor parte de la producción literaria europea", o la cualidad "bidimensional" de la literatura japonesa del siglo xvii, "puede revelarnos, por contraste, la naturaleza 'tridimensional' característica de la literatura europea de la misma época".

Sin embargo, no queremos dar la impresión de que Donald Keene se ha limitado en cada caso a una comparación superficial o arbitraria, lo que llevaría a pensar que el autor se acerca a la literatura japonesa con preconcepciones derivadas del mundo cultural de Occidente.

Los ensayos son ante todo una búsqueda en profundidad (la que permite la extensión de cada trabajo), de la esencia japonesa de la obra literaria en sus valores artísticos, y entonces las comparaciones surgen en forma espontánea, ayudando a comprenderlos, no ocultándolos en la "occidentalización": "Conocer la literatura japonesa me ha enseñado también a conocer la nuestra", dice el autor en el prólogo.

En la traducción hemos encontrado dos o tres errores que sin embargo no llegan a opacar la viveza y soltura con que Donald Keene trata los temas propuestos; el libro es, antes que nada, un esfuerzo más para comprender algo que hasta hace muy poco tiempo ni siquiera se planteaba en el mundo de habla española como objeto de comprensión; de ahí se deriva además su valor. La posibilidad entonces queda abierta: más de mil años de literatura que no sólo ofrecen material de estudio, sino también lo que a nuestro juicio es aún más importante: el goce estético de un arte que maduró sin que pudiéramos apreciarlo antes.

ÓSCAR MONTES
El Colegio de México

Himnos del Atharva Veda. Selección y traducción del sánscrito por Fernando Tola. Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1958, 197 pp.

Esta excelente traducción de 51 himnos del Atharva Veda, tiende a complementar la de los del Rig Veda, publicada también en la colección Oriente y Occidente de la Editorial Sudamericana.